

JACINT CREUS

Las fábulas de Rafael M^a Nzé en «La Guinea Española», 1947-1950
Oráfrica, revista de oralidad africana, n^o 5, abril de 2009, p. I-XXIII ISSN: 1699-1788
Entregado: 04/06/2008. Aceptado: 16/09/2008

LAS FÁBULAS DE RAFAEL M^a NZÉ EN «LA GUINEA ESPAÑOLA», 1947-1950

JACINT CREUS
UNIVERSITAT DE BARCELONA
jcreusb@ub.edu

RAFAEL M^a NZÉ ABUY nació el 12 de septiembre de 1926 en Akanabot (Kogo, Guinea Ecuatorial) y murió en Malabo el 7 de julio de 1991: una vida que abarca casi a partes iguales la última etapa de la colonización, por una parte, y la Autonomía, la Independencia y los dos regímenes nguemistas de su país, por otra. Educado en la Casa claretiana de Kogo, pasó después a estudiar a Mbini y posteriormente al seminario de Banapá. Terminó sus estudios en Álava y en Roma, donde de doctoró, y posteriormente ejerció la docencia en Salamanca. Ordenado sacerdote el 2 de mayo de 1954, dentro de la congregación claretiana, fue nombrado Vicario de Río Muni el 9 de agosto de 1965, obispo de Bata el 3 de mayo de 1966 y, finalmente, arzobispo de Malabo desde el 21 de octubre de 1982 hasta su muerte.

La obra de Mons. Nzé Abuy es amplia, destacando su *Gramática fang* (Claret, 1974; *La lengua fan' o Nkobo fan'*, Claret, 1975). Sin embargo, en este número de ORÁFRICA intentaremos rescatar sus aportaciones literarias iniciales: 14 fábulas que nuestro personaje publicó en *La Guinea Española* (revista claretiana que ocupó la mayor parte del periodo colonial efectivo: 1903-1969) entre el 25 de agosto de 1947 y el 10 de mayo de 1950. A la sazón, nuestro autor era un seminarista de entre 21 y 24 años y se hallaba en plena fase de formación. No estuvo solo en el intento: durante aquellos años en que nacían por todo el territorio africano multitud de movimientos independentistas, en que la represión ejercida por el gobierno colonial español era durísima, la revista incorporó las plumas de hasta 32 autores guineanos que publicaron en ella 71 cuentos completos. 54 de ellos son fábulas: un género que consiste en la oposición entre dos estereotipos a lo largo de un recorrido argumental episódico que concluye casi siempre con una moraleja; que fue especialmente cultivado durante la época colonial; y que en aquellas

páginas suponía un pequeño intento de acercamiento del mundo colonial al mundo llamado «indígena», aunque en una posición de claro desequilibrio. El momento vital del autor incide lógicamente en los contenidos –siempre morales, como en la mayoría de las fábulas- y en su lenguaje: como sus compañeros, Nzé Abuy utiliza aquí un español vacilante y con graves confusiones de registro para dirigirse al público de la revista, mayoritariamente europeo desplazado, poco lector y ampliamente competente en español.

Sirva esta pequeña colección de fábulas –con la que iniciamos esta sección- como reconocimiento a una etapa casi fundacional de la recogida de cuentos orales en la antigua colonia española, protagonizada por los misioneros claretianos.

25 de agosto de 1947

I. EL LEOPARDO Y EL ANTÍLOPE
cuento pamue

Una hermosa mañana hallábase un leopardo a punto de salir para cazar, cuando de repente se persona su amigo el antilope.

- ¿Adónde vas, querido? - pregunta al leopardo.

- A cazar - respondió éste.

- A propósito: para esto he venido también yo. Vámonos pues.

Vánse y entran en un enmarañado bosque. Después de mucho andar logran cazar tres venados, cuatro puercoespines, tres ardillas y alguna que otra pieza más. En la repartición que después de la caza hacen, dice el leopardo al antilope:

- Te corresponde a tí un puercoespín. Digo mal, una ardilla. Y si algo más quisieres, permítote llevar las colas todas de las piezas que hemos cogido. Lo demás todo es mío: ya sabes lo mucho que valgo y puedo y lo que he hecho hoy.

Viendo el antilope que aquí no obra la justicia sino la fuerza, sin decir tus ni mus se resigna y se retira llevándose el puercoespín y las colas que en la repartición le cupieron.

Cuando se halló a distancia en que no podía el leopardo alcanzarle, gritó a voz en cuello para insultarle y echarle en cara la injusticia que le había hecho. Al ver el leopardo que inútil fuera perseguirlo porque, por lo cansado que estaba, no podía cogerlo, le dejó ir, pero con ánimo de vengarse el día menos pensado.

Tres días después y por casualidad, se encontraron ambos a dos en un espeso bosque; y como el antilope, que primero diviso al leopardo, corrió tal que parecía que no ponía las patas en suelo, tras él no digo corría, volaba el leopardo, lanzando espantosos rugidos. Durante su veloz carrera, llegó el antilope al pie de un árbol gigantesco y no tuvo tiempo para evitar que diera su cabeza contra el mismo. Como consecuencia de este golpe, saliéronle dos cuernos en la cabeza, los cuales heredó toda su posteridad. Luego dio un salto y desapareció de la vista del leopardo, que volvió furibundo a su morada, jurando eterno odio y perenne guerra al linaje del antilope.

10 de octubre de 1947

II. KUL YE NZUEIÑ
LA TORTUGA Y EL GATO MONTÉS
fábula pamue

Una Kúlu de concha gruesa y dura
y un gatazo travieso y juguetón,
se encontraron un día frente a frente
y sostuvieron esta discusión:
"Yo aquí soy la más fuerte,
-la tortuga decía- pues
tengo, como ves, y por mi suerte,
esta coraza mía
de conchas resistentes
que desafían tus garras y tus dientes".
"Este bicho es idiota"
-se dijo el gato para su capote-
y contestó, tras esta palabrota,
atusándose ufano su bigote:
"Enhorabuena, poderoso amigo,
pues que por esa concha protegido
de forma tan galana,
puedes morder a quien te venga en gana
y nadie puede pelear contigo".
Su testa la Kúlu alzó, engallada,
al verse, vanidosa, así halagada.
Movió al punto, veloz, su garra el gato,
y ciego quedó el necio y turulato.

MORALEJA

A buen hambre, todo es mohína.

10 de noviembre de 1947

III. UN LEOPARDO QUE SE LAS ECHA DE SABIO

Vivían muy cercanos una tortuga y un leopardo. Salieron ambos una mañana a hacer tumbas (*mikín*) en el bosque que les circundaba. Sabía el leopardo muy poco y casi nada, lo de hacer tumbas; pero, como él se las echaba de perito en todo, no vaciló en aceptar el realizar una obra que había de redundar en menosprecio suyo y ser el hazmerreír de los que la habían de contemplar.

Así y todo, metiéronse los dos por el bosque; y preparado que hubieron los elementos necesarios para la fabricación de las referidas tumbas, antes de empezar a trabajarlas de lleno le dice la tortuga al leopardo:

- Vamos: si te place, fabriquemos nuestras tumbas cerca del camino; para que, consultando con los transeúntes que por el mismo transitan, puedan ellos hacernos oportunas observaciones y darnos interesantes lecciones atañentes al mayor perfeccionamiento de la obra que entre manos llevamos, a fin de que salga ella lo más perfecta que pueda salir. Puesto que nuestros vecinos son casi todos hacederos de tumbas, no faltarán, por ende, entre aquéllos a quienes consultemos, gentes peritas en lo que se trata.

- Yo -le dice el leopardo-, no necesito de la lección de nadie. Pues bien he hecho hasta el presente mis tumbas, de modo que, sin intervención de ninguno, salieron perfectamente bien; más, han servido ellas de modelo a todas las que se han llevado a cabo entre nuestros vecinos. En una palabra, haz si quieres la tuya cabe el camino, que haré yo la mía solito en el bosque, y veremos cuál de las dos saldrá mejor.

Y así se hizo.

Acabado que hubieron su trabajo, presentaron los dos sus respectivas tumbas al público. La de la tortuga fue tenida por la más perfecta y de mayor y mejor sonoridad que la del leopardo por todos los que las contemplaron, peritos y no peritos en la materia. Visto lo cual, hubo el leopardo de retirarse corrido y humillado.

Aquél que no sabe e ignora que no sabe, es un necio: evítadle.

10 de diciembre de 1947

IV. EL ELEFANTE Y EL CAMALEÓN
fábula pamue

Érase que se era un elefante que había desde su más tierna edad aprendido a fabricar hachas. Andando el tiempo llegó a adquirir con ello gran renombre, de suerte que los demás animales todos acudían a él en tropel para obtener buenas hachas.

Un día vino a él un camaleón, a suplicarle le hiciera un hacha bastante grande y buena.

Al ver el elefante lo despreciable que era el que tal gracia pedía, tomó el negocio con poco interés y le hizo una hachita fea y miserable, que apenas valía para nada, y le despidió.

Rumbo a su casa, pasó el camaleón con su hacha en medio de una gran reunión de animales que, contemplando aquella hacha, le preguntan:

- ¿Quién te ha hecho esa tan miserable hacha?

- El elefante, que todos conocéis –respondió con risa en los labios pero el corazón de pena partido.

Muchos no le creyeron; mas, comprobado que hubieron el hecho, de allí para adelante ningún animal se presentó a dicho elefante pata cosa semejante.

De modo que de la noche a la mañana perdió éste la buena reputación de que había hasta entonces gozado y de oficio. ¿La causa? El haber menospreciado al camaleón y héchole hacha no según lo que su arte le dictara, sino con miras a éste, a quien juzgaba indigno de lo que le pedía.

No trates a nadie con desprecio.

El humilde e insignificante merece nuestra consideración y atención. “El sol sale para todos”, dice el adagio; y por humilde que sea una cabaña, afirma Pitágoras, “él la ve y esparce sobre ella uno de sus rayos^a”.

De la boca de todos o de alguno, de ordinario pende el nombre de cada uno.

10 de febrero de 1948

V. HISTORIAS Y CUENTOS

Érase que se era un joven de buen talle y sobremanera torzudo llamado Keveve [de las voces *ke* (sin) y *ave* (dar), esto es “que nunca da”]. La razón es porque había de sus progenitores recibido el precepto de no dar nunca a nadie algo de lo que le perteneciera, y bajo peligro de muerte caso de infringirlo.

Tenía una casita que había cabe un parlero riachuelo levantado; y distante unos cinco kms. de ésta, una finquita de yuca en producción. Pero como se la destrozaran los jabalíes arrancando de cuajo las contadas plantas que en la misma pusiera, fué e hizo por donde solían pasar un hoyo de dos metros de profundidad. Fue después de dos días a mirarlo, y encontró en lo más profundo del mismo un formidable jabalí, que por salir luchaba. Lo mató y lo cargó sobre sus fornidos hombros.

Camino de su casa, he aquí que, para su desgracia, se encuentra con un desconocido personaje cuyo nombre, al suyo parecido, era Keyeyen [de los vocales *ke* (sin) y *ayen* (ver), es decir “que nunca ve”]. Éste había a su vez recibido de sus parientes precepto contrario al de aquél; porque tenía que participar de todo lo que veía, máxime lo que a la comida afectaba.

Así las cosas, cuando se encontraron los dos en la bifurcación del camino que a casa de Keveve conducía, hablóle en estos términos:

- Tengo que decirte, querido, que me es el todo imposible ver algo sin que de ello participe; y esto téngolo *a nativitate* y so peligro de perder la vida de no conseguirlo. Por lo tanto tienes obligación de darme parte de esta presa que tan contento llevas; de lo contrario, me las habré aquí mismo contigo.

- Estás, amigo –contestóle Keveve- situado en el polo opuesto a mí y perdido, lo siento muy mucho en el alma; porque yo, de los míos, recibido tengo precepto expreso de no hacer partícipe a nadie de cosas que [...]; de modo que ya puedes [...] de tal precepto [...].

- A lo que te tengo dicho y nada más, pues al buen entendedor pocas palabras... ¡Paf! –respóndele Keyeyen con un buen marcado bastonazo en las espaldas-. ¡Toma! –añade, y le da un solemne bofetón que resuena por entre los árboles que por allí había.

Al verse Keveve así injuriado por un hombre cuyas fuerzas no igualaban a las suyas, y esto por motivo de su propia presa, echó al lado del camino

el jabalí que sobre sí llevaba y arremetió contra su adversario con tanta fuerza y denuedo que le derribó en tierra y comenzó a menudear sobre él tal suerte de mojicones y bastonazos que acabara con su vida de ser aquélla su hora.

En éstas llega el sabio Kulu (la tortuga), que hacía rato se paseaba por entre los gigantescos árboles que a la vera del camio se alzaban, los cuales la ocultaban a la vista de estos dos contendientes:

- ¿Qué os pasa? –les interroga, después de haberlos separado.

Explicáronle la cuestión que entre manos llevaban.

- Pues bien –dijo ella-, retiraos un momento y dejadme sola con el jabalí. No volváis la vista atrás ni vengáis hasta que os llame.

Se retiraron al punto nuestros dos hombres. Ya sola la tortuga con el jabalí, pónese a improvisar una operación quirúrgica: abre el vientre del animal, saca parte de las vísceras del mismo, envuélvelas en un bien cerrado paquetito, cierra con tal pericia la sajadura que acaba de verificar que ni el diablo pudiera echar de ver que existiese tal costura. Acabada esta operación, les llama. Da el susodicho paquetito a Keyeyen, advirtiéndole que por nada del mundo lo abriera hasta que en su casa entrase, pues en él llevaba lo que deseaba; y ordenó a Keveve se llevara su jabalí.

Con lo cual quedó dirimida por la tortuga la contienda.

10 de abril de 1948

VI. BIOMO Y SUS HECHOS
historieta pamue

Acerca del personaje Biomo, hay en pamue una serie casi indefinida de historietas y cuentos, a cual más graciosas.

Vivía éste en una casita que en medio de una enmarañada selva se hiciera. Era pequeño de cuerpo y de muy mala catadura. Perdió siendo aún muy niño a sus padres. Creció, convivió y se educó en medio de una gavilla de pícaros malandrines y ladronzuelos; con cuyo contacto y roce, salió hecho un perfecto ladrón, pelafustrán, follón y aventurero consumado. Tenía, a vueltas de estos bastante ominosos calificativos, la

manía de juzgar y reclamar, cual herencia suya, lo excéntrico, extraordinario y sorprendente que en los demás observaba. Más, era comilón insaciable, de modo que de ordinario se preparaba él mismo la comida, recelando no satisficiera su mujer el eterno apetito que le atormentaba.

Se casó con una forzuda mujerona, llamada Ovula. Era ésta de aquellas a quienes hace referencia lo de «en casa del ruin, la mujer es alguacil» y el satírico «kiri za'dan lene avó nge a biale fam» del pamue; esto es, que naciera hombre, de no haber amanecido muy pronto el día de su nacimiento. Hacía ella de Biomo lo que en talante le viniere, sin que pudiera nunca proferir él queja ninguna. Entre los hechos varios que de estos dos cónyuges se cuentan, dicese que, en la finca de comida que habían ellos abierto en el espeso bosque que les circundaba, y que era objeto de destrucción por parte de los animales dañinos que en el mismo pululaban, dijo Ovula a su marido que pusiera remedio para dar fin a tamaño mal.

- Excelente propuesta -dice Biomo- y me adhiero a tu acertado dictamen; pero haremos una cosa, señora mia esposa, y es que tú, puesto que te ha la naturaleza dotado de tan extraordinaria fuerza nada común a tu sexo, tal que puedes hacer frente al más fuerte de los hombres, abrirás en el nki (senderito por donde solían los animales entrar y salir de la finca) un hoyo (ebeñ), así grande y profundo que pueda en él quedarse preso un elefante, si posible fuere. Yo a mí vez fabricaré una trampa (mbon), para poner coto a los monos y ardillas, que por arriba entran y salen de la misma.

En efecto, erguíase cabe la entrada un árbol gigantesco, «asam» (el *Uapaka guiuneensis* de Manuel. Arg.), sobre cuyas ramas jugueteaban los susodichos cercopitecos, y del cual descendían a destruir la finca.

Verificáronlo así, haciendo Biomo su trampa sobre una de las ramas de dicho árbol. No pudo éste en la noche siguiente conciliar el sueño, perturbado y molestado por su viva fantasía sobre lo que en suerte le caerá a su trampa. Ya no puede por fin contenerse más. Y, mientras duerme Ovula tranquila, se levanta él, ligero como un antílope, echa mano del komo (lo resultante de la acción de secar el *Aframomum alboviolaceum* de Ridi), lo enciende en la lumbre, empuña su lanzón (ngam akom) y se dirige al lugar donde habían en el día anterior hecho el hoyo y la trampa, respectivamente.

Llegado que hubo, observa que en ésta hay una ardilla que por librarse de tan mortal prisión luchaba; mientras que en aquél se agita un formidable jabalí.

- ¿Que haré, se dijo, que le ha cabido en suerte a Ovula mejor y mayor presa que a mi ? Le haré una.

Dicho esto, mata inmediatamente a la ardilla, la echa en el hoyo de su esposa, coge el jabalí y lo acomoda como puede a su trampa y vuelve en menos tiempo que se tarda en decirlo a casa, y se echa de nuevo a dormir. Al romper el día, llama a Ovula.

- Vamos -le dice- a mirar nuestras trampas, a ver si tenemos suerte de encontrar algo en las mismas.

Pónense a andar. Y en esto dice Biomo a su mujer:

- He tenido hoy un sueño muy raro.

- ¿Qué has soñado?

- Soñé que encontrábamos en tu hoyo una ardilla y en mi trampa un enorme jabalí.

- Es bien raro sueño y estrafalario sobremanera; pues no son los jabalíes capaces de subir, ni pueden por ende quedarse presos en trampas sobre árboles, ni mucho menos caerse las ardillas en hoyo. Pero los sueños, son sueños.

Llegan en efecto al lugar mencionado; y Biomo, que se había adelantado a su Ovula, grita a voz en cuello:

- Ven, mujer, y mira ahora mi sueño cumplido al pie de la letra.

Llega ésta y ve lo que nunca había ella visto ni oído.

- Es esto -exclama- verdaderamente extraño y sorprendente, y no sé explicarlo. Pero creo eres tú el autor de esta jugada.

- ¿Yo? Lejos de mí tales vilezas -replica Biomo.

Luego coge cada cual su presa, y a casa. Una vez en ésta, de ambos a dos nadie quiere saber ya nada de otro. Se retira cada uno a su respectiva cocina para guisar a gusto propio su pieza. En menos de dos días devoró Biomo su formidable jabalí. Puso Ovula toda su técnica culinaria en aderezar la ardilla, para excitar más el apetito de Biomo. Supo éste que su mujer no había aún acabado de consumir su presa, y buscaba ocasión propicia, en que se ausentara ella, para echar mano de la misma.

En efecto, salió ella para la finca, dejando cabe al fuego su ollita de carne. Apenas y aún sin apenas hubo salido Ovula, entra Biomo a buscar lo que para sí se reservara ella. Observa por todos lados, por si hay alguien que pueda dar a Ovula cuenta de lo que va a realizar, porque no lo contara después por gracia. Cierra bien las puertas de la cocina, echa mano de la ollita, y con un platazo de plátanos de la mejor calidad comienza la operación. Iníciase ésta a tenor de las más rudimentales reglas de urbanidad; pero, al ver nuestro hombre que la función tardaba, porque quizá no podía la cuchara coger y contener más de lo que su capacidad exigía, echóla, cual un estorbo, a dos metros; y entonces hace que entren de lleno las manos a tomar directa e inmediatamente parte en la función. Por lo visto, tampoco hacen ellas lo que Biomo quiere. Coge por lo tanto con ambas manos la ollita, la lleva a la boca, pero tiene la mala suerte de que se le entra la cabeza en la misma, así fuerte, que verdaderamente cuesta Dios y ayuda quitársela. Está del todo bañado en caldo. Acude a los medios más suaves para sacarla: las manos. Imposible. Da con la cabeza fuertes golpes contra las paredes y aun contra las piedras. Inútil. No sabe Biomo ya qué hacer. Pero lo que en estos momentos más le abrumaba, era el chaparrón de palizas que sobre él había de llover en llegando Ovula a casa.

En éstas oye que pasa una mujer, que llorando va a un ser suyo querido, fallecido hacía días. La llama Biomo y le ruega le quite la ollita, que sobre la cabeza llevaba. Ella, sin decir tus ni mus acerca de lo que sus ojos eontemplaban, pues estaba asaz ocupada en enjugar las ágrimas que sus ojos vertían, se la quita. Mas el canalla de Biomo, en vez de dar gracias mil a su bienhechora, le arranca en un santiamén la ollita de la mano y se la pone a ella en la cabeza, de suerte que ni el diablo se la quita. Sale enseguida en busca de Ovula:

- He ahora mismo encontrado a una desconocida mujer, robándote lo más precioso que en casa reservaras. La cogí infraganti y la he dejado en tu cocina encerrada. Así que verás lo que de ella has de hacer.

- ¿De dónde es? -pregunta Ovula.

- No lo sé. - Pues bien, vamos a verla.

En efecto: encuentra Ovula a la mencionada mujer, luchando por sacar de su cabeza la misteriosa ollita.

- Allí la tienes -dice Biomo.

Sin inmutarse, Ovula pregunta con su acostumbrada flema, a la mujer en cuestión, de dónde venía y cómo había ella entrado en la cocina y

sucedídole aquello. Le explicó ésta lo que había ocurrido. Entonces, después de haber Ovula quitado la ollita de la cabeza de la mujer aquella y despedídola buenamente, enfurecióse en gran manera contra Biomo, le arremetió y descargó sobre él [una] suerte de garrotazos tal, que le dejara medio muerto si no emprendiese él inmediatamente la huida; y tanto corría que parecía que no ponía los pies en el suelo. Al ver Ovula que no podía alcanzarlo, comenzó a saludarle los oídos con piedras como el puño.

Cuando se hubo su mujer calmado, volvió Biomo a casa.

25 de junio de 1948

VII. EL CAZADOR Y EL ANTÍLOPE

Vase un cazador a cazar; y al pie de un árbol sorprende a un antílope comiendo. Mas no huye éste de la vista de aquél que en ademán de hacer fuego se le acerca paso entre paso; antes está quedo mirando fijamente. Al llegar el cazador a la distancia conveniente para disparar:

- Detente- dicele el antílope- y no me hagas daño ninguno, porque te costaría caro.

Se detiene en efecto el cazador; pero así asombrado y asustado al oír al animal proferir tales cosas y semejantes amenazas, que comienza a temblar cual hoja de árbol por el viento agitada y a dar diente con diente como quien tiene frío de cuartana. No obstante. sobreponiéndose a su natural temor, se aproxima a él.

- Vamos a ver- dice el antílope - ¿por qué quieres tú matarme, y de dónde la guerra tan sin tregua que vosotros los hombres nos hacéis?

El cazador, que ante el animal está como quien ve visiones, responde:

-Te diré francamente que te he querido matar porque..

- Bien, ya sé lo que quieres decir -replica el antílope. Por hoy te perdono de corazón, a pesar de que había yo determinado habérmelas hoy mismo contigo, por la persecución que tú en particular haces a los antílopes tamaña, que has matado a más de medio millón de ellos. Pero no te apures por esto, pues quiero de hoy en adelante que seamos de por vida amigos; de donde empezaré por darte lo que necesitas y algo más, con tal de que correspondas a mi afecto.

El cazador, que hasta el presente no las tuvo todas consigo, cobrando ánimo y libre ya por ende del susto y miedo que le abrumaban, pregunta al antílope:

- ¿Qué fruta es esta que con tanto afán comes?

- Es una fruta sin par -responde aquél- de cuya manducación provienen efectos sumamente buenos para quien guarda bien el secreto que en la misma se exige en orden a la protección de dichos efectos, pues comunica allende otras cosas la inteligencia del lenguaje animal.

Quedó estupefacto el cazador y dijo al antílope:

- ¿Qué me pides por dárme-la?

- Nada. Sólo que no lo reveles jamás a nadie en toda tu vida, porque como lo hagas lo perderás todo y te quedarás como antes.

El cazador prometió guardar bien el secreto y el antílope dióle de comer la fruta, que se llamaba del nombre de su árbol, *meken me nkobo ehit* («misterio del lenguaje animal»). Y a vueltas de otras cosas mil, dióle también dos venados.

Después de gustar el cazador la fruta misteriosa, de repente entendía ya a todos los animales: desde el rugido del león, rey de las selvas, hasta el zumbido de los moscones. Dio gracias mil al antílope y se volvió para su casa.

Entrando en ésta, oyó que una gallina se quejaba del modo siguiente:

- Una semana ha que estoy poniendo aquí huevos, y cada día me falta uno. No sé cuándo me los quitan. ¡Qué persecución, qué guerra, cuán grande es mi aflicción!

No se dejó de reír el cazador al oír tales y tan justos lamentos.

Así las cosas, cuando he aquí que un día, acompañado de su mujer, salió a ver a su suegro, que se hallaba algo enfermo. Era éste exteriormente de poca estampa y no fuerte de salud; mas era cojo, de un ojo tuerto, jorobado; tenía una cabeza gorda y redonda, piernas torcidas y cabrunas, llevaba un viejo traje con más remiendos que original, y todo lo demás a compás de éstos. Al entrar los visitantes, un gallo que los había desde lejos visto dijo:

- Ya estamos, ahora vienen de nuevo esos malditos esposos. El mes pasado mataron para ellos a uno de mis más caros amigos; hoy me cogerán probablemente, o a una estas gallinas que me rodean.

Al oír esto no pudo el cazador contener la risa.

- ¿De qué te ríes?- preguntó su suegro.

- Ríome- responde- por traer a la memoria ciertas escenas de mi juventud.

- ¿Aquí precisamente y al verme, vienes a recordar las travesuras de tu mocedad? Esto no puede ser: te has reído y burlado de mí, y esto no puede pasar así.

Dio el hombre las explicaciones posibles para salvar el secreto que el antilope le confiara, pero todo fue en vano. Su suegro, enfurecido, dijo a su hija que si no le daba su marido la razón de su risa, no contara más con él. Cedió por fin el cazador a los ruegos y lágrimas de su mujer, descubriendo a su suegro los misterios del lenguaje animal que el antilope tan a pesar suyo le revelara. Al momento perdió la inteligencia del habla animal.

Otro Samsón y otra Dálila.

25 de agosto de 1948

VIII. LOS ANIMALES CONTRA EL HOMBRE

En cierto día tuvieron los animales y bichos todos del bosque una gran reunión, en la cual se presentaron también el jején y la nigua, a ventilar asuntos de trascendencia para el mundo animal.

Entre las cosas mi que dicha asamblea trató, se habló de cómo habían ellos de luchar contra el hombre, que tanto daño les venía causando y de cómo defenderse de los ataques y embestidas del mismo.

Se acordó que debía cada animal hacerle al hombre la guerra según sus posibilidades, es decir, según los medios o armas con que para ello contaba.

Hízose entonces un minucioso examen del armamento animal y se exigió y mandó que presentara cada uno el suyo. Era de ver cómo iba cada cual presentando sus armas características. Los elefantes sus largos colmillos y trompas, los búfalos sus grandes cuernos, los gorilas sus fornidos brazos, las fieras sus afilados dientes y uñas, las serpientes sus glándulas venenosas, y así todos los demás.

Se determinó, además, que los animales que carecían de armas ofensivas y defensivas, se limitaran con huir de la vista del hombre, y que los dípteros todos, grandes y pequeños, le declararan guerra a muerte y de por vida, le atacaran y molestaran continuamente, de día y de noche, en casa y fuera de ella, máxime los más pequeños, como el jején y la nigua.

Dicho esto se disolvió la asamblea, jurando cada concurrente, de su parte, cumplir lo determinado por ésta.

De aquí la guerra sin cuartel ni fin que nos hace a los hombres el mundo animal, y las continuas molestias y daños que nos causan los insectos malos.

Aquí viene de perlas aquello de «No hay enemigo pequeño».

10 de noviembre de 1948

IX. EL ANTÍLOPE Y EL CHIMPANCÉ

Érase que se era un antílope que se hizo gran amigo de un chimpancé.

Tenía éste, cerquita de su morada, una muy rica plantación de árboles frutales, entre los cuales se erguía un frondoso angókong, cuyo fruto parece que le sabe a miel al antílope, por el desmedido afán con que lo busca y come; y tan es así, que por conseguirlo daría cualquier cosa, y aun su hacienda toda si la tuviera.

Sabía esto muy bien el chimpancé y, por eso, todas las veces que llegaba a casa el amigo, lo primero que después de los saludos de regla le presentaba era un buen plato de angókong bien sazonado. Al ver esto el antílope, y dejándose llevar de la corriente de su insaciable apetito por el angókong, no pasaba ya día sin presentarse en casa del chimpancé.

Mas éste, para hacerle ver que estaba ya harto de él y que de veras sentía en el alma lo que de ganancia se le menguaba en la venta que de angókong hacía a otros antílopes por la excesiva cantidad que del mismo tomaba cada día su amigo para sí y aun para su familia, se valió de un hermano suyo para decirle que ya se iba acabando la cosecha del angókong, que lo poco que por recoger les quedaba lo destinaba a fines particulares, y que por tanto sentían muchísimo no poder ofrecerle ya como antes.

Pero no dejó por eso el antílope de personarse cada vez más en casa de su amigo, y más por el angókong que por razón de amistad.

Al ver eso el chimpacé, y mal aconsejado por los demás de sus familiares, pues hacía ya tiempo se sentían molestísimos por las continuas y diarias visitas del antílope, determinó acabar con él. Hizo a este fin una trampa (vian) en medio del camino por donde solía el antílope transitar y se fue para su casa.

Al día siguiente salió muy de mañana el antílope, como acostumbraba, a ver a su amigo y sobre todo a buscar el angókong, cuando ya en medio del camino se ve enredado en una fuerte trampa. Hace todo el esfuerzo posible para deshacerse de ésta: Nada, se encuentra cada vez más fuertemente sujeto en la misma; y para desgracia suya acertó. En aquel mismo momento vio pasar por allí a un leopardo, enemigo irreconciliable el antílope, el cual, sin investigar el motivo por que se hallaba éste entrampado, se arrojó sobre él y lo mató.

Comienza cualquier inclinación por ser un transeúnte, después un huésped, y si no se combate, acaba por ser un mal.

Además, aquí viene como anillo al dedo lo de «En casa de la tía, mano cada día».

25 de febrero de 1949

X. EL VENADO Y LA TORTUGA

Tenía por amiga
un tímido venado,
a la tortuga sabia
que le llamaba hermano.

A caza juntos fueron
a un bosque muy lejano,
que estaba siempre lleno
de trampas y de lazos.

Y mientras caminaban,
la tortuga iba hablando:
Amigo, no te fies
de los hombres taimados,

cuyos lazos y trampas
conozco demasiado;
y no quiero que en ellos
cogidos nos veamos.

Si sigues sin desviarte
mi camino y mis pasos,
nada malo nos pasa;
yo iré delante andando.

Pero el venado tonto
creyéndose engañado,
toma su propio rumbo
sin hacer ningún caso.

Se aleja de su amiga,
por bosque solitario,
y se halla de patitas
en el cepo aprisionado.

Llora y llama a su amiga,
pero todo es en vano,
que en este mismo instante
le pilla un leopardo.

Llévense aqueste ejemplo
los que de sí pagados,
desoyen vanidosos
los consejos del sabio.

10 de mayo de 1949

XI. EL ELEFANTE Y LA TORTUGA

Fue un día el elefante a visitar a su amiga la tortuga. Después de la comida, que ésta mandó aderezar para su amigo, y estando de sobremesa, se enfrascaron en una muy amena y animada conversación. En medio de las cosas mil que hablaron, díjole al elefante la tortuga:

- Yo puedo, ligada contigo a una misma cuerda, tirarte sin hacer uso de toda mi fuerza, sino con sólo mover una de mis patas; porque mi más pequeño movimiento es bastante fuerte para hacerte rodar por estos bosques que nos rodean.

- ¿Estás tú de bromas o no? –replica el elefante. Pues nadie mejor que tú conoce mi fuerza y valía; mi sola presencia espanta a cualquier animal por grande que sea. Yo, con sólo sacudir mi cuerpo, arrastraría tras de mí la tercera parte de los animales del mundo entero. Y tú, que no puedes ni aún con la caparazón, que sobre ti llevas, ¿vas a poder tirarme a mi? Esto, como utopía pase; pero como realidad, nunca jamás.

Mas la tortuga permanecía en sus trece. Al ver el elefante la osadía de su temeraria amiga, determinó que la disputa se verificaría dentro de dos días. Dicho esto, se despidió de ella.

El mismo día fue ésta a verse con el hipopótamo, que ignoraba la disputa que había tenido lugar entre aquella y el elefante y lo que habían ellos acordado. Hizo ella que la conversación en que con aquél terciaba cayera sobre lo mismo, y trabó con él el mismísimo altercado, prefijando para el mismo día que el anterior su realización.

Al llegar el día prefijado, se presentó muy de mañana la tortuga en casa del elefante con una larga y resistente cuerda en la mano.

- Ya estamos -exclama ella-; ha llegado ya el día de lo apuesto. Vamos pues a ponerlo en práctica.

Sale de casa el elegante, se internan los dos en el bosque y se dirigen al lugar donde habían de llevar a cabo la medición de sus fuerzas.

- Aquí tienes -dice la tortuga- la cuerda que para el caso he preparado; es muy larga y resistente: ácala por un extremo por cualquiera de tus rormidables patas; yo me voy más allá, para atármela también por otro extremo a una de las mías. Estáte aquí quieto y, cuando notes un prolongado movimiento de la cuerda, puedes tirar ya de ella y échate a

correr con toda tu fuerza, convencido de que es ya llegada la hora; y tan pronto como veas que se afloja la cuerda, puedes dejar ya de tirar de ella y dar por terminada la disputa; entonces me aguardarás aquí...

Dicho esto, se apartó de él. Se dirigió, cuerda en mano, a un río que a muy poca distancia de allí se hallaba, a encontrar al hipopótamo, que ya impaciente le aguardaba. Le alargó el otro extremo de la cuerda, dándole las mismas instrucciones que antes diera al elefante, y se retira de allí. Al llegar al punto céntrico de la cuerda, donde no la veía nadie, tiró de ella prolongada y fuertemente.

Cuando notó esto el elefante, creyó, según las instrucciones que de la tortuga recibiera, que había llegado ya la hora, y se echó a correr a todo tren, pensando que en el primer ímpetu arrastrarla a la tortuga; pero todo fue en vano; pues el hipopótamo, que por el otro extremo veía que una fuerza misteriosa le tiraba fuera del agua, fuerza que no suponía que tuviera una tortuga, tiró con todo su vigor la cuerda y se lanzó río abajo.

- ¿De dónde le ha venido a la tortuga esa fuerza? -se decía entre sí el elefante al notar que se le tiraba irrestiblemente hacia atrás.

Redobló sus esfuerzos y corrió impetuoso a todo correr.

De este modo estuvieron los dos monstruos tirándose el uno al otro, sin que llevase nadie la ventaja.

Cuando vió la tortuga que su treta corría peligro de ser descubierta, llamó a las dos tortugas, con las cuales había convenido, para que se presentasen cada una de ellas a cada contrincante suyo a hablarle de su parte, según las instrucciones que de ella habían recibido, en tanto que ella cortaba la cuerda y se retiraba de allí. Se ha de advertir que las dos tortugas de la combinación eran tan parecidas a la primera que nadie podía distinguir las entre sí.

La que se fué al elefante, que ya se había parado al notar ya floja la cuerda, le hizo ver cómo, a pesar de su corpulencia y fuerza extraordinaria, no había podido, no ya tirarla, pero ni siquiera moverla del lugar; y de cómo, por el contrario, le había ella tirado. No pudo el elefante responder nada a estas razones de su amiga. Reconoció que realmente tenía ésta una fuerza que él no se la imaginara, que si no la tenía superior a la suya por lo menos le igualaba.

La otra tortuga, que se dirigió adonde se hallaba el hipopótamo, que también había dejado de correr, le dijo:

- Ya ves cómo no has podido tirarme, a pesar de tu extraordinaria fuerza; en cambio yo te saqué fuera del agua en el primer ímpetu.

Reconoció también el hipopótamo su derrota y la misteriosa fuerza que la tortuga albergaba. Así venció la tortuga a estos dos monstruos...

Vale más maña que fuerza.

10 de septiembre de 1949

XII. EL PUERCOESPÍN Y EL ELEFANTE

Tenía un puercoespín cerquita de su morada una hermosa finquita...

En medio de ésta se erguía un gigantesco árbol frutal llamado Adzap, cuyos frutos se hallaban ya muy en sazón. Constituían éstos el alimento principal del puercoespín.

Cuando lo supo el elefante, venía a espaldas de aquél a hacerse también con los frutos de dicho adzap. Se enteró de ello el puercoespín, el cual excogitó una muy buena manera de acabar con el robo del elefante.

Arrancó para ello una de sus púas más grandes y se la envió al elefante, diciéndole que si tenía en su cuerpo cosa parecida a lo que él le remitía, se atreviese en adelante a coger de nuevo los frutos de su adzap; y si no, lo dejara, porque lo pasaría mal el día en que le cogiera infraganti.

El elefante, que no conocía personalmente al puercoespín sino que sólo habla oído hablar de él y de sus púas, al ver la que le había enviado como muestra se decía entre sí:

- Está visto que nada puedo contra el puecoespín; porque si una sola de sus púas es tan grande y punzante, ¿qué sera él mismo en persona, y qué cuando me acometa con todas ellas?

Por lo cual, de allí en adelante ya no se atrevió a hacerse más con los frutos de dicho adzap.

10 de octubre de 1949

XIII: EL LEOPARDO Y LA TORTUGA

Érase que se era un leopardo que andaba en busca de una novedad. Esta noticia se propagó con la rapidez del rayo por el mundo animal. Un día se presentaron a él varios animales para hacerle ver que no le era posible dar con lo que buscaba; pero el fiero leopardo se enojó en gran manera contra ellos y los mandó matar a todos.

Llegó esto a oídos de la sabia tortuga, la cual se propuso poner fin a la manía felina. Para ello hizo llenar de tierra unos grandes cestos de melongo y los mandó llevar a cierto lugar. Los que los llevaban tenían orden suya de pasar por delante de la morada del leopardo a la hora en que éste se hallaba en ella. Y así lo hicieron. La tortuga misma, iba detrás de los cargadores.

- ¿A dónde vais con esos grandes cestos llenos de tierra? -preguntó el leopardo al ver pasar a los cargadores.

- A renovar -respondió la tortuga- todo el suelo de mi pueblo, porque ya es muy viejo.

- Pero, ¿qué dices, infeliz? ¿Dónde ha oído jamás eso de renovar suelos?

-Pues allí tienes, amigo, la novedad que andas buscando, puesto que esto no lo has oído ni visto hasta ahora.

El leopardo no pudo responder nada a este razonamiento de la tortuga, ya que él mismo le había dado la mayor del argumento, para deshacer con su legítima conclusión su loca pretensión.

Con esto terminó la historia.

10 de mayo de 1950

XIV. LA GALLINA Y LA PERDIZ

Trabó una gallina estrechísima amistad con una perdiz. Cierta hermosa y poética mañana salió aquélla a visitar a ésta, íntima de sus amigas.

Se ven de repente enfrascados en una charla por demás amena, contando historias a la chiquillería. En éstas, dice la gallina a la perdiz:

- Ven conmigo al pueblo y verás cosas que no has visto en toda tu vida: verás a los hombres cómo trabajan; los animales domésticos, las casas, obras del hombre y otras mil y una cosas que, al contemplarlas, creo te dejarán muy otra de la que ahora eres; y quizá resuelvas quedarte ya para siempre en el pueblo a vivir en mí compañía, haciéndote ave doméstica; pues es ya tiempo de que dejes la selvática vida que hasta el presente has llevado.

Aceptó la perdiz la invitación; y a obra de las diez llegan al pueblo. La gallina presentó su forastera a sus congéneres. Fue muy bien recibida y obsequiada por todas. Quedóse contentísima y estupefacta la perdiz, con la vista cte los artefactos humanos. Para ella todo era novedad y maravilloso.

Mientras tanto, va el sol huyendo con sorprendente rapidez por los horizontes, arrojando en son de despedida sus últimos rayos sobre la faz de la tierra. Está la noche observando de lejos la precipitada marcha del astro rey, para luego explayar por doquier sus tinieblas.

Alrededor de las cinco de la tarde, estando la perdiz en amena conversación con su amiga, óyense repetidos campanillazos: ¡tilín! ¡tilín!, ¡tilín!... Al mirar ella hacia donde tal ruido venía, ve a un muchacho, que en los 14 años frisaba, cabe la puerta del gallinero, el cual tiene en su diestra mano una campanilla que con extraordinaria rapidez agita; y en la otra un puñado de maíz que va casi grano a grano echando, conforme aumenta el número de gallinas.

- ¿A dónde vais ahora, y por qué ese carnpanille? –pregunta la perdiz.
- Ahora vamos a cenar y después a plegar los ojos.
- ¡Cáspita! ¿Tan de día descansais?
- Sí, porque...

- No prosigas -interrumpe un viejo gallo que hacía rato les estaba escuchando.

Grababa en su memoria y anotaba, esta prudente y observadora perdiz, todo lo que contemplaba. Cerró luego el muchacho el gallinero y se fue. Aquí en el gallinero hizo la perdiz a su amiga varias preguntas, atañentes a la vida doméstica de las aves y demás animales que en el pueblo viven bajo el hombre; pero no obtuvo respuesta satisfactoria.

Al romper el día, acostumbrada ella a madrugar, vio la perdiz que se les pasaban en el gallinero las primeras horas mañaneras; y no pudiendo aguantar más, pregunta a su amiga:

- ¿A qué hora os abren esta cárcel?

- Ten paciencia -se le contesta- que en breve saldremos. Ya sabes que una cosa es vivir en poblado y otra en el bosque.

- Efectivamente -apuntó la perdiz; pero trae a colación lo de nkole biban a se ane nkolem bisik.

En éstas, un muchacho abre la puerta del gallinero y echa mano del primer gallo que encuentra, a aderezarlo para un forastero llegado el día anterior.

- ¿A dónde lo llevan? -inquirió la perdiz.

- No lo sabemos, respóndenle varias gallinas.

Luego salen todas del gallinero y se desparraman en busca de alimento. Tomando ésta entonces la palabra, le dijo:

- Diréte sin ambages que estamos aquí supeditados a nuestros dueños, los hombres, que de nosotras hacen lo que les viniere a ellos en talante, sin casi ninguna consideración; pues se alimentan de nuestra carne, nos venden, regalan a sus allegados y forasteros, etc.

- ¿A este género de vida hasme tú llamado, para en tu compañía vivir aquí en el pueblo? -pregunta la perdiz. Lejos de mí tal esclavitud.

Dicho esto se marchó sin despedirse de nadie, ni aun de la íntima de sus amigas.

Contó a los suyos, ce por be, todo cuanto había ella visto y oído.

Aquí viene como anillo al dedo aquello de vale más ser cabeza de ratón que cola de león.